

Labor de los Veterinarios Uruguayos en actividades de Control de la Fiebre Aftosa en la Actividad Privada

Dr. Aldo Pérez Riera *

La Academia Nacional de Veterinaria ha resuelto, a través de un ciclo de conferencias, subrayar un hecho concreto, cuya repercusión trasciende la esfera científica, para proyectarse a todo el ámbito social y económico de nuestro país y de la región en su conjunto.

Ello es, la ausencia de fiebre aftosa dentro de los límites del territorio nacional, y la declaración por la Organización Internacional de Epizootias, país libre de fiebre aftosa con vacunación. Siente además la necesidad de reivindicar públicamente el protagonismo esencial que ha tenido la profesión veterinaria para lograr el mencionado status sanitario, único, en el conjunto y dentro de las demás naciones del mundo. Esta especial designación, permitirá sin duda, comenzar a correr los cerrojos y se abrirán los espacios comerciales que nos mantenían aislados de los más importantes mercados del mundo, por contar dentro de nuestras fronteras, con esta enfermedad en forma enzootica. Nos decía el Dr.

Magallanes en una prolija investigación documentaria, que han transcurrido ciento veinte años desde que apareció el primer foco de aftosa en el país. Hasta que las Ciencias Veterinarias y la investigación científica, puso en manos de los productores las eficaces armas con que hoy cuenta; esta enfermedad era aguardada anualmente por los tenedores de haciendas vacunas, especialmente, con cierto dejo de resignación y preocupación a la vez, ya que gravaba fuertemente sus economías y estigmatizaba de tal manera las haciendas, que aquellas, que superaban el cuadro agudo, se les agregaban secuelas que hacían muy difícil su recuperación. Se habla de centenas de millones de dólares, por pérdidas directas y las indirectas, quizás nunca se podrán cuantificar.

Lo cierto es, que en los ciento veinte años transcurridos, hay toda una historia, con muchos capítulos, muchas anécdotas, mucho camino hecho al andar. Para una obra tan extensa, y de tantos años, muchos

protagonistas.

La unión de importantes esfuerzos que han permitido obtener la designación que hoy ostenta el Uruguay con orgullo es el resultado, es el corolario antes que nada, de un trabajo responsable, constante y sin pausas de un conjunto de hombres de ciencia, orgullo para la profesión y el país, que han ido mejorando el arsenal biológico; una de las armas prioritaria y decisiva, que ha permitido poner las barreras adecuadas a esa unidad biológica, a esa macromolécula, de estructura muy simple, que fue capaz de vulnerar, en muchas oportunidades, en su lucha natural por sobrevivir, los atajos impuestos por la ciencia, en aquellos tiempos.

Volvamos por un momento, las páginas de la historia y ubiquémonos, en la década del cuarenta en adelante.

Al principio, eran pocos los actores. El productor, por aquella época, fue el principal protagonista sin duda. El veterinario oficial departamental, fue el otro, que

* Miembro de la Academia Nacional de Veterinaria
Ex consejero de la Facultad de Veterinaria

además, debía cubrir un amplio espectro de actividades. Como único arsenal biológico, las vacunas, que eran importadas de los países vecinos, y frente a la urgencia del problema, traídas directamente, eludiendo los controles necesarios muchas veces. Resistencia a principio, cierta incredulidad después, convencimiento al fin, sobre las sucesivas medidas que se fueron implementando, son las tres etapas que se debieron cumplir, para arribar a la última, que nos convoca hoy, a celebrar con gran satisfacción.

Muy diversas situaciones, muchos preconceptos, creencias y hasta supersticiones, especialmente en algún sector de productores y en algunas zonas del país, fue necesario derribar, para imponer las medidas profilácticas adecuadas y conseguir estos logros. Consecuencias quizás, de ese contacto permanente con la naturaleza, en soledad, que tiene el hombre de tierra adentro, y a la versatilidad que ésta presenta, le permitía augurar hechos y circunstancias, y hasta la interpretación de los fenómenos biológicos muy ligado al qué, sobre los mismos, tenían sus ancestros.

Quiero contarles una anécdota, relacionada con una práctica bastante común a mitad de este siglo, relacionada precisamente con la fiebre aftosa.

Corría el año 1942. Yo era por ese entonces, un adolescente. Vivía en el campo. Un brote de aftosa maligna, quizás uno de los más graves, con un alto índice de morbilidad y considerable morta-

lidad, afectaba como lo decía el Dr. Abaracón, en su conferencia, la zona Este del país, provocada, según las tipificaciones realizadas, por el virus C. Los productores alarmados por la sintomatología y la malignidad del brote, desesperados; unos buscaban recursos, otros entregados, ya veían que sus animales, casi siempre los mejores, luego que comenzaban a alimentarse, morían repentinamente, por verdaderos y fulminantes infartos de miocardio, abandonaban la defensa. Dentro del primer grupo, optaban por la vacunación indiscriminada, a los animales sanos y a los aparentemente sanos, pero que sin duda, estaban incubando la enfermedad. Aprovechando las circunstancias, y para ganar tiempo, no faltó el hombre dispuesto, que cruzara la frontera, en condiciones, y medios no muy ortodoxos, trajera la vacuna. No se sabía si contenía uno, dos o tres antígenos. No estaba enterado el productor de la existencia de los tres virus, ni recibía información en ese entonces. Lo cierto, que la respuesta obtenida, fue un fracaso. Se apeló a los medicamentos heroicos, traídos la mayoría, de los países vecinos, sin control y sin prescripción alguna. En la etiqueta decía que curaba entre otras cosas, la aftosa, pero no figuraba su composición. Por supuesto, sin ningún resultado, y la epizootia continuaba extendiéndose a los predios vecinos. Aparece en escena, un hombre de la zona de Los Molles que según noticias recibidas por un vecino, tenía la facultad, según sus propias expresiones, de hacer

abortar, con bastantes posibilidades, los focos de esa enfermedad. En sus pagos le llamaban "el vencedor". Se establecieron los contactos pertinentes. Se fijó el día, la hora aproximada, y se aguardaba con expecticismo por unos, con dudas y con más fe y esperanza por otros, su presencia, en el lugar indicado.

Con extrema puntualidad, a la hora indicada, se siente a lo lejos el ruido característico de un motor Ford 4, y luego la silueta de un modelo del 28, abierto, con capota y cortinas de pantazote, levantando polvareda, que aparecía y desaparecía, subiendo y bajando las cubreras de aquellas serranías, de la por aquel entonces, escarpada Ruta 12, en la 14ª Sección de Lavalleja, en mis recordados pagos de Puntas de San Francisco. Se aproximaba aquel bólido de la época, a esta altura el agua del motor, en permanente ebullición, saliendo abundante vapor por la tapa del radiador. Se detiene el vehículo frente al grupo de personas que lo aguardaban, luego de un defectuoso frenaje, característico de ese modelo, después de vencer su inercia.

Se abre la portezuela y desciende un robusto señor, ataviado de botas y bombacha de campo, saluda a los presentes muy parcamente, solicita le rodeen el ganado, quizás sería para confirmar el diagnóstico, luego busca a su alrededor una planta de Carqueja blanca, toma unos cuantos gajos, monta a caballo, se introduce en el rodeo, hace movimientos en cruz hacia el frente, murmurando algo en voz baja, dejando caer, de

tanto en tanto, trozos de la herbácea medicinal a sus espaldas. Luego parte raudamente, hacia tres esquinas del potrero, donde practica el mismo ritual, y deja una, la que apunta hacia el lado del mar sin visitar. Uno de los presentes, cuando regresa al punto de partida, quizás el más excéptico, al bajarse del caballo, le pregunta por qué había dejado una esquina del campo sin concurrir. Lacónicamente y advirtiéndole quizás, que su ocasional interlocutor no había quedado muy convencido de la terapia aplicada, le indica que por ese espacio del potrero, debía salir la enfermedad y perderse en el océano, a pesar que quedaba distante. Luego de recibir un obsequio en metálico, pues no pasaba honorarios, se despide austeramente de los presentes, no sin antes afirmar, que en pocos días más, la enfermedad desaparecería. Sube en su Ford "cortina" color verde y se pierde en el horizonte, que dibuja la primer elevación con el firmamento.

Aquí terminó esta historia, pero el brote de aftosa continuó haciendo estragos, como no podía ser de otra manera. Otros ensayaban un método menos complicado, un *pour on* antiguo, que consistía en aplicar 10 cc de keroseno, en la testuz, con idéntico resultado. De estos hechos, de estas vivencias y de este carismático personaje, no lograré olvidarme nunca más. Integraba el folclore, de esa simbiosis hombre-tierra de aquellas épocas.

Se nos ha solicitado que nos refiramos en este acto, a la labor de

los veterinarios uruguayos en ejercicio liberal, en el control de la fiebre aftosa.

Con mucho gusto aceptamos el desafío, pero sin perder de vista que el resultado obtenido hasta la fecha, es el fruto de una profesión integrada cabalmente, que se impuso un objetivo y lo ha logrado, es el resultado de un esfuerzo común.

Es una obra con muchos capítulos y muchos actores en escena, desempeñando distintos roles, donde el actor principalísimo ha sido, y seguirá siendo en el futuro, la profesión veterinaria en su conjunto. Desde el veterinario, en el austero marco de su laboratorio, que no cesa de investigar, sobre las diminutas partículas víricas responsables de tantos y tan importantes daños y su comportamiento, que pone al servicio del colega que está en la industria el resultado de sus estudios, hasta aquel otro colega, el veterinario de campo, quizás el último en la cadena tecnológica, eslabón no menos importante, ni menos accesorio, que se constituye en elemento de transferencia tecnológica y responsable, en el teatro mismo de las operaciones, junto al productor, asesorándolo para que el material antigénico y otras medidas complementarias, se usen en las mejores condiciones, y obtener de esa forma, los mejores resultados.

Realizadas estas precisiones, fundamentales y prioritarias, pasaremos a referirnos al rol que le cupo a la profesión liberal, en el éxito logrado hasta el momento, en

la campaña antiaftosa. Es una historia larga, no exenta de tropiezos y vacilaciones, pero cargada también de hondo contenido emocional y grandes satisfacciones al constatar, que muchos aliados, fueron sumándose a la retaguardia y nos permiten hoy disfrutar, el éxito de tanto esfuerzo.

No fue fácil al comienzo. Frente a las dificultades, se templó el ánimo de los protagonistas. Al inicio, pocos soldados y mal pertrechados, para librar una contienda dura. Únicamente, y al principio los veterinarios oficiales, distribuidos, uno en cada capital departamental, eran los encargados de asesorar al productor.

Entrada la década del cincuenta, cambia la orientación de los egresados de nuestra Facultad y en lugar de aspirar a ingresar en la entonces Dirección de Ganadería, que había sido su meta hasta esos tiempos, deciden instalarse en el interior del país, y emprenden el ejercicio liberal de la profesión.

Comienza esta aventura, enfrentando, como problema sanitario fundamental el de la fiebre aftosa. La única arma en sus manos, era la vacuna. Por aquel tiempo, era importada de Brasil o Argentina, con problemas de stock y conservación y que no eran fabricadas a partir de virus de campo nuestros, con resultados más o menos satisfactorios. Transcurridos los primeros años de la década mencionada, comienzan a instalarse los primeros laboratorios fabricantes de vacunas antiaftosa en el país.

Un grupo de productores,

donde figuraban entre otros, el Dr. Alberto Gallinal Heber, Dr. Toribio Olaso, Arturo Simmonds, Franklin de Souza y el Dr. Raimundo Leániz a la cabeza, resuelven fundar el primer laboratorio con capitales nacionales, comenzando la elaboración con cepas de virus autóctono, y que estaban actuando en ese momento en el país. Había otros instalados, y con sus técnicos se había entablado una relación muy cordial, por parte de los veterinarios de campaña, que provenía desde la Facultad, donde habíamos compartido ratos inolvidables y cultivado, por sobre todas las cosas, una amistad que hoy perdura y se acrecienta. Junto con el Rubino, eran los lugares de consulta de los colegas de tierra adentro. Cuántas veces, atravesando aquel patio grande, de la firma por aquel entonces Cooper y Nephuis, nos encontramos los veterinarios de campaña, todos buscando información, en aquella delantera excepcional, integrada por los Dres. Raúl Casas Olascoaga, Daniel Abaracón, Hugo Fontañina y Milton Cravino; que junto con su Director Gerente, el Ing. Quím. Elbio Gesto, nos apoyaban científicamente, los primeros y nos brindaba su entusiasmo, el perfil de su exquisita personalidad y el decidido apoyo económico, a través de su empresa, el segundo. Su aporte permitió a muchos integrantes de esta profesión, comenzar a instalar su consultorio, depositando la confianza en el profesional, abriendo los cauces, para una fluida comunicación, e iniciando una etapa de transferencia tecnológica

de subido valor, entre el laboratorio y sus técnicos, el veterinario de campo y el productor.

Hacemos justicia en reconocerlo. Cuántas veces, fuimos a la calle Piedra Alta, donde trabajaba el Dr. Raymundo Leániz, en procura de su consejo práctico, y cuántas al ex Instituto de Biología Animal Dr. Miguel C. Rubino, donde encontramos al Dr. Pasturino, al Dr. Magallanes y aquel físico grande, que acompañaba su estatura con la nobleza de su corazón, y con quien hicimos las primeras armas en las lides universitarias, por una Facultad mejor. Me refiero al Dr. Joaquín de Freitas. Cuánto apoyo de toda esta gente e instituciones, sin el cual, la profesión liberal, no hubiera podido despegar, ni tampoco encarar la lucha contra la fiebre aftosa como lo hizo.

Los colegas de la profesión liberal marcaron su presencia, en muchos establecimientos del país. Con aquel nada sofisticado instrumento, una jeringa Record de dos centímetros, dejaban una formación nodular en la tabla del cuello de los bovinos, o en el pliegue ano caudal, que constituía el fiel testimonio de su presencia. Así salieron a desafiar con mucha humildad, pero con gran fe y responsabilidad, el vendaval y la tormenta que significaban para el país el flagelo de la fiebre aftosa.

Pero no todas eran satisfacciones. Aparecieron los fracasos de vacunas o rupturas de inmunidad, que permitían poner en tela de juicio, sobremanera a aquellos productores no muy convencidos, la eficacia del

producto. Había que gastar mucho tiempo para explicar, en aras de salvar la campaña de protección, las posibles causas de fracaso. No era fácil hacerle entender, que el insuceso podía deberse a un incorrecto uso del sistema de vacunación, a categorías más susceptibles, a vacunaciones irregulares o discontinuas, a diferencias individuales de protección, a carencias alimentarias o minerales y también, por qué no, a los problemas posibles de las vacunas en sí misma, por falta de actividad, por escasez de unidades antigénicas, mala conservación, o por ruptura de la cadena de frío, etc. Cuántas veces, muy tarde en la noche, llamaron a nuestras puertas en aquella década, para decirnos con la clásica expresión, "vengo a avisarle que tengo las "llagas" y no hace un mes que vacuné" o la otra, más preocupante aún, "el ganado que Ud. me vacunó, hace ocho días tiene Aftosa y en los linderos no hay nada". Entraban a jugar, entonces, importantes valores, de ambas partes y con responsabilidad profesional, había que enfrentarlos. Sin pérdida de tiempo, muy temprano, se constituía el veterinario en el establecimiento, munido de frascos de boca ancha, conteniendo un rudimentario medio Vallé, constituido por glicerina y agua en partes iguales, sin ajustar pH. Enviaba el laboratorio las aftas y linfa virulenta, para ser tipificada, sin tener demasiado en cuenta, el muy posible escape de virus y por el medio de transporte más inmediato, o lo llevaba él mismo, para ganar

tiempo. A la brevedad estaba el resultado, e inmediatamente el veterinario nuevamente, en el establecimiento, realizando, sin cargo para el productor, una vacunación en anillo para controlar el foco. Se jugaban importantes valores, como decíamos, y entre ellos la confianza del productor sobre el sistema. Muchas madrugadas frías y de heladas, muchos temporales, muchas noches sin lunas y sin estrellas, muchas quedadas en los arroyos o empastados en el barro cuando las calzadas y puentes, y los buenos caminos no abundaban y no teníamos cuarteador que nos sacara. Cuántas de estas historias, componen el legajo del veterinario rural, tratando de constituirse en palanca impulsora y contribuir a conquistar el espacio, que hoy festejamos todos, de país libre de Aftosa con vacunación.

La Ley 12938, del 9 de noviembre del 61, que declara obligatoria la lucha contra esta enfermedad y sobretodo el Decreto 141/967 del 23 de febrero del 67 que establece las normas que han de regir los contralores en materia de elaboración, importación y uso de vacunas antiaftosa y la creación de la Dirección de lucha contra esta virosis, con personal técnico responsable y conocedor a fondo de la enfermedad en sí y de todo su entorno, allanaron enormemente el camino. El productor siente que tiene una responsabilidad, y se constituye poco a poco, en esta materia, con las garantías que le brindan, en el hacedor de su propio destino. En la medida que se

acentuaron los controles sobre la fabricación de vacunas, se generalizó el uso de la vía subcutánea de inoculación y se anularon prácticamente los accidentes inmunitarios.

El productor fue tomando conciencia de su responsabilidad y confianza en la lucha, contra esta enfermedad.

La aparición en el mercado, de vacuna con adyuvante oleoso, de alta eficacia, de fácil aplicación y al ser más espaciadas las inoculaciones, contribuyó a afianzar esa colaboración.

El Dr. Magallanes nos decía en su disertación, que la campaña contra la aftosa, en sus comienzos, había contribuido a estrechar los vínculos, entre el profesional y el productor.

Totalmente de acuerdo, con dicha afirmación. Agregariamos aún más. Contribuyó a introducir cambios en los sistemas de manejos de las haciendas. Sabido es, que por aquellos tiempos, en los establecimientos chicos y medianos, no existían las mínimas comodidades, para realizar los trabajos de inmunización de los rodeos, ni para hacer otros mucho más simples. Se hacía a lazo, campo fuera, o encerrados los bovinos en una manga, lo más ajustado posible, entrando el vacunador a caballo, y un ayudante, con un tizón iba identificando los animales vacunados, sometiéndolos, por cualquiera de los dos métodos, al máximo estrés.

Hoy quedan muy pocas fincas rurales, que por lo menos, aunque sea rudimentarias, no cuenten con

las mínimas comodidades.

Al igual que la lucha contra Peste Porcina y Brucelosis, que obliga la presencia del técnico en el predio, se establece un verdadero sistema de vasos comunicantes, entre dos interlocutores, ese intercambio de ideas, es origen de muy importantes motivaciones en ambos sentidos. La aplicación de nuevas tecnologías de manera muy especial, en producción y reproducción animal, tuvieron en muchos establecimientos, que hoy marchan a la vanguardia en ese aspecto, y desde hace muchos años, sus inicios, a partir de los encuentros, que se originaron en principio, por el problema de la fiebre aftosa.

Estimados colegas. No se diga hoy, como muchos de Uds. habrán podido oír, que el éxito logrado, en esta primera etapa de lucha contra este flagelo, se debió a la acción desplegada por el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca, por la Federación Rural, por la Asociación Rural, por el BID o por INAC. No pretendemos restarle mérito a ninguna de las instituciones mencionadas, ni tampoco negar la colaboración, que de alguna manera han prestado a la campaña realizada. Pero el papel medular, no lo desempeñaron dichas instituciones, a pesar del respeto y la consideración que cada una de ellas nos pueda merecer.

Es muy cierto que existió el voluntarismo político por parte del Ministerio y sus autoridades, a través de sus organismos competentes, desde que se tomó conciencia de la gravedad del problema, para llevar adelante la campaña

realizada.

Es también muy cierto que la Federación, como la Asociación Rural, como instituciones, y por intermedio de sus filiales en el interior del país, fomentaron y apoyaron la campaña muy solidariamente, aconsejando a los productores a estrechar filas e integrarse a la lucha. También es cierto que el BID, aportó recursos y más recientemente, para el Proyecto de Sanidad Animal. De nada valdría la voluntad política, los recursos económicos, o el apoyo de las distintas instituciones, si la profesión veterinaria y sus técnicos especializados, no hubieran puesto a punto el material antigénico, que manejado con total responsabilidad por sus integrantes, se ha constituido por sobre todas las cosas, en el arsenal idóneo para vencer la enfermedad.

No solamente se ha omitido destacar el rol que a la profesión veterinaria le ha correspondido en este evento, sino que tampoco se ha destacado la labor que han desempeñado institutos especializados como DILFA, como el CIVET o como el Centro Panamericano de Fiebre Aftosa a nivel regional, y por si fuera poco, dirigido muchos años por un compatriota nuestro, hombre de consulta a nivel internacional, que ha exhibido su perfil ético y científico por todo el mundo, orgullo para las Ciencias Veterinarias uruguayas y para el país. Me estoy refiriendo a nuestro estimado amigo, el Dr. Raúl Casas Olascoaga. Nada de esto se ha

mencionado, a la hora de realizar los juicios valorativos. Con la misma ligereza, mañana se echarán las campanas al vuelo, para festejar un país libre de brucelosis o libre de tuberculosis bovina y se le adjudicará al éxito a la Asociación de Productores de Leche, sin por supuesto desconocer su aporte. A nadie se le ocurriría atribuir la erradicación de la difteria o la viruela al personal de enfermería, o colaboradores del médico por más benemérita y abnegada haya sido su labor. No es un motivo presuntuoso, el que nos conduce hoy a reivindicar para la profesión veterinaria, su protagonismo científico técnico, que ha posibilitado que uno de los problemas más graves y acuciantes en sanidad animal y de mayores repercusiones, haya dejado de golpear duro las tranqueras de los establecimientos, sean estos grandes, medianos o pequeños y que comiencen a movilizarse las barreras que por esta causa, desde hace muchos años se le impusieron al país.

Cómo dejar de marcar presencia, en un acontecimiento, que por la trascendencia en sí mismo, en momentos de realizar el balance final, ha narcotizado la consideración valorativa sobre sus principales actores. En ausencia de un reconocimiento ni siquiera en forma explícita, por parte de los organismos del estado, ni por los representantes de los directamente beneficiados, por el esfuerzo, tesón y perseverancia de tanta gente, que

desde el más sofisticado gabinete de trabajo o el más modesto, hasta aquel colega en el ejercicio liberal, que le tocó poner las manos en el fango, que intervino de frente, con éxitos y también con fracasos, en silencio, sin estridencias, como es normal en el ejercicio de esta maravillosa profesión, la Academia Nacional de Veterinaria, novel institución creada recientemente, le rinde hoy su justo y merecido homenaje.

Señores: lo que acabamos de manifestar en este momento, para el transcurrir del tiempo, ya es historia. Decía el Prof. Pivel Devoto, en oportunidad que se le ofreciera un homenaje, por su aporte a la cultura del país. "Cuando se descuidan las huellas que nos precedieron, se pierde el porqué del camino, y hasta progresivamente se apagan los horizontes, si es, que no sabiendo quien es, se puede divisar horizonte alguno". No perdamos, más allá de los diferentes acontecimientos, nuestra identidad profesional, cuando soplen vientos de bonanza, o aún de los otros.

Los invito a todos, concluido este capítulo, a comenzar el próximo, procurando nuevos e importantes éxitos, que continúen galardonando la historia de nuestra profesión. Más allá de los tiempos de borrasca, transitemos unidos, con fe, entusiasmo y esperanza, los muy queridos senderos de Veterinaria. Es todo, en apretada síntesis, cuanto quería decirles. Muchas gracias.